

servas y condiciones de la Alianza— de Andrei Gromiko.

Todos estos acontecimientos en los dos sentidos carecen de toda reacción oficial e institucional en la OTAN, que no supera las contradicciones entre sus miembros y que, a cada reunión, se sigue mostrando como un arcaísmo: instrumento creado en y para la guerra fría, no ha sido capaz de evolucionar al paso de los nuevos tiempos y de las nuevas flexibilidades políticas. De alguna forma está ocurriendo lo mismo en las Naciones Unidas. Una reciente discusión internacional ha puesto de manifiesto una vez más la necesidad de producir cambios de estructura importantes en la Organización de las Naciones Unidas, que permanece impotente ante los grandes problemas del mundo (la actual guerra de Indochina no ha llegado nunca a producir un verdadero debate; sólo ha podido ser aludido a ella por vías indirectas, al tratar de

otros temas), pero también se ha puesto de manifiesto la imposibilidad de realizar reformas profundas que serían vetadas por uno, dos o todos los «grandes» que tienen este derecho. La actual tendencia —dirigida por el canadiense Lester B. Pearson— es la de tratar de «renovar» la ONU por el procedimiento de «envejecerla», de hacerla volver atrás: Que sus organismos vuelvan a ser aquello para lo que estaban pensados. Un comité militar, previsto por la Carta, daría fuerza a las decisiones el Consejo de Seguridad; U Thant —el secretario general— estaría asistido por una fuerza armada dirigida por un triunvirato de los «grandes» para asegurar la paz, y el Tribunal Mundial juzgaría de las violaciones de tratados y fronteras con un juicio inapelable, cuyo cumplimiento sería asegurado por estas fuerzas armadas dirigidas por el secretario general. Probablemente, esta solución es también idealista.

cunstances más justas —a través, incluso, de temporales errores—, la situación se congela y todas las fuerzas se gastan en un ir y venir, en un armar y disparar, cuya misión es mantener ese equilibrio, evitar que el deseo de dar un paso hacia adelante rompa la actual división del mundo. Sólo China parece inquietar esa división que recuerda un poco la que un día arbitrara un Pontífice para evitar los conflictos entre España y Portugal. A fin de cuentas, si uno considera la mayor parte de las cosas que hoy se escriben sobre China, verá que casi siempre descansan en una misma idea: la posibilidad de que «rompa» el equilibrio.

Estados Unidos es el gran gendarme de la parte de mundo en que vivimos. En nuestros periódicos, en los telediaros de nuestra televisión, hemos leído o visto infinitas veces cómo un alto cargo del gobierno o del Pentágono llegaba, en misiones especiales, a todas las capitales del mundo tutelado. Siempre ha habido grandes manifestaciones, cargas de la policía, detenidos, heridos y, en más de una ocasión, incluso muertos. Sobre todo en Latinoamérica, donde los Estados Unidos sigue siendo el país colonizador, la mano que controla los grandes monopolios.

Es un hecho político muy significativo, una expresión definidora

—a escala universal— de nuestro tiempo. Cada vez que un alto diplomático norteamericano llega a una ciudad, ésta despliega su policía. Cada vez que la prensa anuncia unas negociaciones, determinadas fuerzas se agitan, inquietas ante el poderío de la gran gendarmería norteamericana. Cada vez, por decirlo de otra manera, parece que entra en crisis un discurso tomado del viejo Gran Sueño Americano.

Ciertamente, los tiempos son difíciles, o quizá lo han sido siempre a la hora de tutelar medio mundo. En todo caso, es algo que empieza a ser tan natural como la llegada del invierno o la apertura del curso escolar. Cuando un diplomático viaja, la policía se limita a cubrir una serie de formas rutinarias. Cuando este diplomático es un norteamericano, la policía ha de tomar medidas excepcionales.

Yo pienso que debe de ser muy triste llegar a una ciudad con la sonrisa dispuesta, con la cartera llena de mensajes y buenas palabras, y descubrir siempre, detrás de los vecinos rostros complacientes, los uniformes vigilantes de la policía. La imagen del «mundo libre» se hace entonces a sí misma una serie infinita de preguntas, cuyos ecos llegan a la gran universidad americana. ■ J. M.

USA

EL VIGILANTE VIGILADO

Es una historia cotidiana en la vida diplomática contemporánea de los Estados Unidos. Los problemas son muchos y las tierras vigiladas inmensas. No sólo han de andar los diplomáticos de una parte a otra de la Tierra, sino que, en muchos luga-

res, hay guarniciones militares, bases, incluso ejércitos. Se supone que existe un «equilibrio» y, subvirtiendo todas las leyes deseables del proceso y del progreso histórico, la necesidad de que una serie de movimientos vaya engendrando cir-

Elecciones británicas

WILSON, "IN"; HEATH, "OUT"

Es una facultad que tienen los gobiernos británicos: en cualquier momento pueden disolver el Parlamento y convocar elecciones generales, sin esperar a que termine el período legal. En otros países, los Parlamentos se disuelven en momentos de crisis grave, en situaciones de tensión entre el ejecutivo y el legislativo, lo cual produce unas elecciones generales tensas y difíciles. En Gran Bretaña, por el contrario, el Parlamento se disuelve cuando todo va bien —lo cual sucede algunas veces—, de forma que el partido gubernamental puede beneficiarse de esa calma. Wilson ha aconsejado a la Reina —es una fórmula— la disolución; la Reina la ha pronunciado y las elecciones están convocadas para el jueves 18 de junio. Todo parece indicar un triunfo laborista.

Gran Bretaña no se aparta del resto del mundo en el sentido de que sus elecciones suponen no el triunfo de un óptimo, sino el de un mal menor, o lo que se sospecha que pueda ser un mal menor. El partido conservador está "out". Esta expresión parece un poco frívola y, sin embargo, se ajusta bastante a la realidad. Los laboristas han practicado una política de tolerancia en las costumbres, de apertura, de comodidad en la vida diaria; la abolición de las leyes que perseguían la homosexualidad, la legislación del aborto, la reducción de la mayoría de edad —de veintiuno a dieciocho años—, la supresión de la pena de muerte, la desaparición de la censura en el teatro y su casi desaparición en el cine, la reducción de castigos por la utilización de las «drogas menores» son medidas "in" que han permitido en cambio a Wilson realizar en realidad una política conservadora; defensa capitalista de la libra esterlina, contención



Wilson, más sólido.

en el alza de salarios —unas alzas recientes, medidas, están hechas para aumentar las posibilidades exteriores—, racismo en la inmigración, contención de las huelgas, política exterior en apoyo de los Estados Unidos, olvido de las nacionalizaciones... Algunos creen que la "sociedad tolerante" instaurada por Wilson ha conseguido que los disturbios juveniles y estudiantiles se hayan reducido al mínimo en comparación de otros países y que ello le hará ganarse el voto no sólo de los jóvenes —electores por primera vez—, sino también de los adultos. El partido conservador no ha perdido su ceño victoriano, sus reservas, un cierto puritanismo.

En el aspecto de "hombre a hombre", que siempre reviste esta lucha electoral, Wilson aparece —y no sólo por la irradiación del poder— como más sólido, más sereno, más imperturbable que Heath. Asume mejor la "imagen paternal", que los psicólogos consideran esencial para ganar unas elecciones. La campaña electoral puede influir poco en las elecciones. El "Times" cree que el manifiesto electoral laborista es más "simpatético" que el conservador, pero que en realidad esto no tiene importancia, "puesto que los manifiestos de los partidos sólo los leen los estudiantes de política obsesos, los otros políticos y los editorialistas, obligados por su deber profesional". Si Wilson ganase estas elecciones sería el primer político británico del siglo que ganase tres elecciones seguidas, y ello asentaría al partido laborista definitivamente. Hay quien supone que, con el tiempo, el partido conservador puede reducirse a un estado latente, como actualmente el partido liberal, que fue grande. El sistema de dos partidos se plantearía en ese caso entre dos sectores del actual partido laborista, el de la derecha y el de la izquierda. Wilson —o su heredero— representaría la derecha. Y todo volvería a quedar igual. ■ JUAN ALDEBARAN.